

dad incontestable: durante estos treinta años la vida oculta de Jesús fué tal que no se puede imaginar otra más perfecta, más honrosa, ocupada tan santamente, tan útil á la gloria de Dios y á la felicidad del mundo. Sí, lo más grande, lo mejor y más perfecto es, sin duda alguna, el cumplimiento de la voluntad de Dios. Es cierto, Señor, que Jesús fué para Vos igualmente grande en su humilde oficio de Nazaret que en el monte Calvario. ¿Qué importan en adelante la salud, los talentos y cargos brillantes, si lo mismo puedo glorificaros en la enfermedad, sin talentos y en las más ordinarias cupaciones? Prefiero ser un gusano miserable de la tierra, si así á Vos place, que un serafín del Cielo contra vuestra voluntad.

### MEDITACIÓN XXXVII

*Jesús en Nazaret. Su obediencia.* Et erat subditus illis. (Luc., II, 15).

En este modo tan especial y lacónico de narrar con cuatro solas palabras casi toda la vida de nuestro Salvador que no fué sino un encadenamiento de inefabables maravillas, y de callar todas las virtudes que practicó durante treinta años para no hablar sino de su admirable sumisión á María y á José; el Espíritu Santo nos muestra con bastante claridad que quiere inspirarnos un aprecio particular á la virtud de la obediencia, como resumiendo en ella sola, por decirlo así, toda la santidad del Hombre-Dios, propuesta á nuestra imitación. Estudiémosla pues, en nuestro gran modelo y consideremos:

I. El amor y estima que Jesucristo tuvo á la obediencia.

II. Como practicó esta virtud.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos al Salvador en Nazaret recibiendo las órdenes de María y José, conformándose á su voluntad con la más perfecta ex-

actitud, porque veía en ellos la autoridad de Dios, su Padre.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidámosle la inteligencia, el amor á la práctica de una virtud tan amada y que El tuvo en tanta estima: *Jesu obedientissime, miserere nobis.*

### PUNTO I

Amor y estimación que Jesucristo tuvo á la obediencia

El mejor juicio que podemos formar de esta virtud es el que el mismo Jesucristo se ha dignado enseñarnos: escuchémosle. David, interpretado por San Pablo, pone en sus labios estas palabras en el momento en que va á entrar en el mundo para salvarlo: «¡Oh Padre mío! no os han agradado los holocaustos que hasta ahora se os han ofrecido, porque no eran dignos de Vos!.... Pero, al darme un cuerpo, me habéis hecho capaz de honraros por mi obediencia y he dicho: Héme pronto: esto se halla escrito al principio del libro, en la eternidad de vuestros decretos, y este es el punto capital de mis deberes, que yo cumpliré vuestra voluntad.... Lo he querido ¡oh Dios mío! y esta ley está grabada en el fondo de mi Corazón» (1).

Después de la conversación que Jesús tuvo con la Samaritana, viendo á sus discípulos inquietos porque hacía largo tiempo que no había comido (2), les habló de un alimento que ellos no conocían y que nunca le faltaba: la obediencia á la voluntad de su Padre. Esta es la que repara y conserva sus fuerzas; vive de obediencia y se entrega á ella con la premura que un hambriento á la comida que se le presenta: *Meus cibus est, ut faciat voluntatem ejus, qui misit me* (3). Nos asegura que no ha venido del Cielo sino

(1) Ps. XXXIX, 7. Hebr., X, 5.

(2) *Rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi, manduca.* (Joan., IV, 34).

(3) Joann., IV, 34.

para obedecer; su misión es salvar el mundo por su obediencia, como Adán lo perdió por su rebelión: *Descendi de celo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me* (1). Protesta que no basta decir: «Señor, Señor,» para ser admitido en el reino de los Cielos, sino que es menester someterse á la voluntad de su Padre (2). Nos propone, en fin, esta virtud de la obediencia como piedra de toque de la verdadera santidad, como el medio más seguro de agradarle, como prenda de todos los bienes. ¿Deseamos entrar en la vida eterna?... Guardemos sus mandamientos. ¿Queremos ser amados por su Padre y por El? Seamos fieles en la obediencia. ¿Queremos que nos tenga el mismo afecto, la misma ternura que si fuésemos su hermano, su hermana, su misma Madre? Todos estos favores los promete á nuestra obediencia (3). ¿Podía darnos mejor á conocer hasta qué punto era de su agrado esta virtud? Sin embargo, sus ejemplos tienen todavía más eficacia que sus palabras.

## PUNTO II

### Cómo Jesucristo ha practicado la obediencia

La vida de Jesucristo entre los hombres no ha sido sino un continuo ejercicio de obediencia. Siempre ha obedecido á su Padre Celestial; durante treinta años, á María y á José, y en su Pasión, aun á sus inicuos jueces, á sus crueles verdugos y sigue todavía obedeciendo á sus sacerdotes.

1.º Su obediencia comienza con su vida: *Ingre-diens mundum* (4). Desde entonces, la voluntad de su Padre ha sido la regla única é invariable de la suya; se sometió á las leyes de la naturaleza para estar

- (1) Joann., VI, 38.
- (2) Matth., VII, 21.
- (3) Matth., XII, 50.
- (4) Hebr., X, 5.

nueve meses encerrado en el seno de su Madre, á las disposiciones de la Providencia para nacer, en el establo de Belén después de las dificultades y molestias de un penosísimo viaje. Se sometió á la ley de la circuncisión y presentación en el templo; al destierro á Egipto; á las debilidades y lento desarrollo de la infancia; á una vida obscura y al parecer inútil... y todo por agradar á su Padre.

No se ha presentado en público, no ha manifestado su sabiduría por sus discursos, su poder por sus milagros, su bondad por múltiples beneficios sino en el tiempo y medida determinados por la voluntad de su Padre. Hasta entonces resiste á los que le instan á que se muestre al mundo, respondiendo que no ha llegado todavía su hora. Encierra todo el ardor de su celo en los límites de la Judea, porque su Padre no le ha enviado sino para las ovejas extraviadas de la casa de Israel (1).

Lleva su obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz (2), queriendo mejor perder la vida, dice San Bernardo, que faltar á la obediencia (3). Si pide en el exceso del dolor que se aleje de El el amargo cáliz que tenía que beber sin que estuviese obligado á ello, lo acepta, sin embargo, para obedecer á su Padre y para enseñarnos que las repugnancias vencidas, lejos de disminuir el mérito y valor de un sacrificio, los aumentan y hacen más claramente resaltar nuestra abnegación por la gloria del Señor. La obediencia, que había regulado hasta los más insignificantes pormenores de su vida determina también el momento y las demás circunstancias de su muerte. Antes de exhalar su último suspiro recorre con su mente todos los oráculos divinos, manifestaciones de la voluntad de su Padre: ¿habría alguno de ellos que

- (1) Matth., XV, 24.
- (2) Philipp., II, 8.
- (3) *Perdidit vitam, ne perderet obedientiam.* (S. Bern., Epist. 42 ad Henric. Senon.)

no hubiese cumplido? No, ninguno; su misión pues, estaba terminada; todo está consumado: *Consummatum est. Et, inclinato capite, tradidit spiritum* (1).

2.º La obediencia que Jesús presta á María y á José durante los treinta años de su vida oculta, parecerá todavía más admirable y misteriosa si se la examina desde otro punto de vista. Obedecer es reconocerse inferior, es preferir la voluntad de otro á la propia. ¿Quién es, pues, aquel que en Nazaret se deja gobernar como un niño, incapaz de gobernarse á sí mismo? Es el Verbo Eterno, el que da á los sabios la sabiduría que tienen; es el dueño de todo, á quien todo debe obedecer. ¿A quién obedece? A dos criaturas, privilegiadas ciertamente, adornadas de dones los más preciosos, pero cuyo saber comparado con la sabiduría de Jesús es menos que una chispa comparada con el sol. ¿Pero cómo y en qué obedece? ¿Con qué amable prontitud, con qué alegría se conforma á la voluntad de sus padres cualquiera que sea la cosa que se le mande, anticipándose aun á sus deseos, y esto no solamente en su infancia, sino cuando llega á la plenitud de su edad! ¿Con qué satisfacción y contento cumple para con ellos el oficio de un criado ó servidor, El, por quien reinan los reyes! (2). Bien se ve que su corazón es el que obedece, y que todo lo que hace lo hace por amor.

3.º Jesús, en fin, obedece á hombres perversos y á grandes pecadores. Se somete en primer lugar al edicto de Augusto, que obligaba á María al viaje de Nazaret á Belén, y no halla en el orgullo que ha inspirado este edicto, razón alguna para dispensarse de él, porque pone los ojos en su Padre, de quien emana todo poder. Se somete á la sentencia de Pilato por injusta que sea; reconoce en él la autoridad del príncipe á pesar del sacrilego abuso que de ella hace. Obedece á sus verdugos; no ve en todos sus enemigos sino los ministros y ejecutores de la justi-

(1) Joann., XIX, 30,

(2) Prov., VIII, 15.

cia de su Padre, que le ha entregado á sus manos, y así se lo dice á ellos El mismo para que no lo ignoren: *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper* (1). Pero ¿qué necesidad tengo de acordarme de lo que hizo en su vida mortal, si ahora mismo mientras reina en el Cielo, obedece todavía..... y ¿á quién?..... ¡Oh alma mía! ¿puedes tu contemplar este divino modelo sin amar la obediencia?

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cuánto amó Jesucristo la obediencia.* Desde su entrada en este mundo se ofreció á su Padre Celestial para honrarle con sumisión: «Me disteis un cuerpo y he dicho: Héme aquí; cumpliré todo y en todo vuestra santa voluntad..... Grabada se halla esta ley en lo íntimo de mi Corazón.» Habla á sus Apóstoles de un alimento que ellos no conocían y que á El jamás le falta: la obediencia á las órdenes de su Padre.... Asegura que ha venido del Cielo sólo para obedecer.... Dice que esta virtud es el fundamento de la verdadera santidad, y la prenda segura de nuestra entrada en la Vida Eterna.... Si la practico, me amaré como á su hermano, á su hermana, á su madre.... me colmará de favores.

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo practicó Jesucristo la obediencia.* Todo el tiempo que vivió en la tierra continuamente ejercitó esta virtud. Obedeció siempre á su Padre Celestial; durante treinta años á María y á José; en los días de su Pasión, á sus inicuos jueces y á sus verdugos. Se sometió á las leyes de la naturaleza para permanecer durante nueve meses en el seno de una Madre; á las órdenes de la Providencia para nacer entre las molestias de un largo y penoso viaje.... Se sometió á la circuncisión, presentación y destierro.... Milagros, predicación, circunstancias de tiempos y lugares.... todo estuvo determinado por la voluntad de su Padre. Esta virtud le lleva hasta la muerte de cruz. Su obediencia á María y á José se muestra más admirable aún. Obedecer es declararse inferior.... ¿Y quién es el que así se deja gobernar como un niño?.... ¿A quién y cómo obedece?.... A hombres criminales. Se somete al edicto de Augusto, á la senten-

(1) Joann., XIX, 11.

cia de Pilato.... más aún, á sus verdugos en los que sólo ve á los ejecutores de la justicia divina. Y sigue obedeciendo en el adorable Misterio de nuestros altares.... ¡Alma mía! ¿puedes contemplar este modelo sin amar la obediencia?

### MEDITACIÓN XXXVIII

*Motivos especiales que tienen los sacerdotes de imitar la obediencia de Jesucristo*

- I. Su celo por la gloria de Dios.
- II. Su amor á la Iglesia.
- III. El compromiso contraído en su ordenación.

#### PUNTO I

*El celo por la gloria de Dios, estimula al buen sacerdote á imitar la obediencia de Jesucristo*

Que esta virtud es un medio muy excelente para buscar la gloria de Dios, tenemos una prueba muy palpable en la elección que de ella hizo su soberana Sabiduría cuando se encarnó para reparar esta divina gloria ultrajada por el pecado de rebelión. ¡Oh! Bendito Hombre-Dios, obediente hasta la muerte, en expiación de la desobediencia del hombre! ¡Cuánta gloria para Dios tener otro Dios por servidor! ¿Qué otra cosa puedo hacer que tanto le honre como unir mi dependencia á la de su propio Hijo?

Por esta obediencia le ofrezco lo mejor que tengo, aquello que yo tengo en mayor estima. Si para agradarle renuncio á las riquezas, á los honores, á los deleites aun aquellos que me son lícitos, á mi reposo, á mi salud.... le sacrifico lo que me pertenece, porque El me lo ha dado; pero renunciar á mi voluntad por la obediencia es ofrecerme en sacrificio á mí mismo, entregarle mi corazón y poner en sus manos mi libertad: en una palabra, aquello que en este mundo tengo yo en mayor estima, y aquello también que es más de su agrado, ó mejor dicho, lo único que á El le agrada; y esto es lo que El mismo me pide de la manera más tierna y conmovedora:

*Probe, fili mi, cor tuum mihi.* En los otros sacrificios hechos á su gloria le entrego lo que ya le pertenece con todo derecho, aquello que está en sus manos quitarme cuándo y cómo le plazca; pero al serle obediente le hago entrega de lo que en especial constituye mi herencia, la única cosa que parece haya sustraído de su dominio, para dejarla á mi libre albedrío. *Sola voluntas hominis*, dice Guillermo de París, *dominium rei reddit ambiguum*, y hé ahí el homenaje más lisonjero que podemos tributar á un Dios que quiere reinar sobre el hombre, menos como soberano que como padre. Hé ahí también el reino interior de la gracia que Jesucristo ha venido á fundar sobre la tierra, á cuya solidez y desarrollo el sacerdote debe dirigir todos sus esfuerzos. Nuestro ministerio no tiene otro fin que someter los hombres á la ley del Señor. ¡Oh! ¡cuán agradable á sus divinos ojos debe ser la obediencia del hombre encargado por su ministerio de buscar la gloria de Dios!

#### PUNTO II

*Los intereses de la Iglesia, segundo motivo que estimula al buen sacerdote á practicar la obediencia*

El Espíritu Santo compara la Iglesia á un ejército. Tanto la una como el otro reciben todo su vigor y energía de aquella exacta disciplina que une entre ellos las diversas partes de que se componen. La Iglesia lo mismo que el ejército no es más que un cuerpo compuesto de muchos miembros. La parroquia es la reunión de muchos fieles bajo un sólo párroco; la diócesis, la reunión de muchas parroquias bajo un solo obispo; la Iglesia la reunión de todas las diócesis bajo el Obispo universal, el Papa, Vicario de Jesucristo.

A medida que este orden jerárquico se observa con subordinación de unos á otros, cuando el jefe supremo, Jesucristo, gobierna á su beneplácito por medio del Soberano Pontífice, y por los Pontífices que éste ha instituido, y por todos aquellos que han

recibido alguna orden de cumplir, no excluyendo á los soldados de la santa milicia; esta armada espiritual está siempre pronta á combatir, y resulta terrible para el infierno: *Terribilis ut castrorum acies ordinata* (1). El respeto á la autoridad, hé ahí el poderoso resorte que la Iglesia ha recibido del Salvador, y el secreto de sus triunfos. Ahora bien, ¿cómo no asustarse considerando hasta qué punto se va debilitando de día en día este respeto que es el sostén de toda sociedad? La fiebre de la independencia abrasa las entrañas del cuerpo social. Los hombres de nuestro siglo no piensan en otra cosa que en engrandecerse. ¡Oh sacerdotes médicos de las almas! ¿cómo podréis curarlas de tan funesta dolencia si vosotros no estáis exentos de ella? ¿cómo podréis llevar á término las miras de la Iglesia por la salud de sus hijos acostumbrándolos al espíritu de sumisión, cómo podréis predicar obediencia si vuestra conducta y vuestros discursos no revelan en vosotros hombres perfectos en la práctica de esta virtud, ó no sois, según la expresión de San Pedro, «hijos de obediencia?» (2). Además, estáis ligados por una santa promesa; no podréis ya disponer de vos mismo. *Alligatus es verbis oris tui* (3).

### PUNTO III

El compromiso contraído, tercer motivo que estimula al buen sacerdote á practicar fielmente la obediencia

Todo compromiso obliga, pero en especial cuando va revestido de un carácter sagrado y unido á circunstancias que revelan en el que lo ha hecho maduro examen y premeditada determinación.

Recordemos el hermoso día de nuestra ordenación. En nuestras almas quedó impreso el carácter indeleble; á cada uno de nosotros podía decir: *Tu es sa-*

- (1) Cant., VI, 3.
- (2) *Filii obedientia*. (I Petr., I, 14).
- (3) Petr. Bles.

*cerdos in aeternum*. Unidos en aquel día con el prelado consagrante hicimos descender por vez primera al Hijo de Dios sobre el altar; comimos su Carne y bebimos su Sangre..... jamás habíamos estado tan recogidos, ocupados en pensamientos tan serios. El Pontífice revestido con todos los ornamentos de su dignidad, sentado en su trono como un soberano á quien sus súbditos van á prestar juramento, tomó nuestras manos entre las suyas y nos increpó en estos términos: *Promittis mihi et successoribus meis reverentiam et obedientiam?* La respuesta fué tan precisa como la pregunta: *Promitto*. Promesa general, absoluta, sin sombra de restricción ó reserva.... ¿Habrá acaso algún sacerdote que al pronunciar esta palabra, haya podido figurarse que quedaría libre para satisfacer su capricho, para elegir este ó aquel empleo, ó que le sería permitido siquiera censurar la administración episcopal? ¿Habrá alguno que haya dejado de comprender que desde aquel solemne momento la *obediencia* y el *respeto* hacia el Obispo y su representante venía á ser para él, á la vez que un deber de justicia, un deber de religión....?

Alejad de vuestra Iglesia ¡oh Dios mío! á estos espíritus murmuradores y rebeldes que se permiten juzgar y comentar las disposiciones de su superior: discutir y criticar las prescripciones y los actos de una autoridad que jamás ellos llegarán á respetar debidamente; alejad á los que, adulterando su título de pastor y abusando del derecho que tienen de mandar á una porción del rebaño, no quieren prestar obediencia al Pastor de todo el rebaño. ¡Oh, sin duda que ellos no reflexionan las funestísimas consecuencias que causan, el escándalo que dan, el daño que infieren á la Iglesia cuando de algún modo rompen la hermosa unidad que, enlazando estrechamente á su Obispo con el Papa, debería unir á ellos mismos con su Prelado por medio de los lazos más sagrados (1). Que mediten lo que dijo San Cipriano: *Scire*

- (1) Señores, estad sumisos á vuestros Obispos, como nos-

*debes episcopum esse in Ecclesia et Ecclesiam in episcopo, et, si quis cum episcopo non sit, non esse in Ecclesia.*

¡Oh Señor! ¿Cómo pueden algunos sacerdotes hallar difícil la obediencia en presencia del ejemplo que de ella les dais todos los días en el santo Sacrificio? Nunca resistís a su voluntad sino que descendéis del Cielo á sus manos para pasar de ellas á su propio corazón y al de los fieles. Ellos disponen de Vos, si se me permite la expresión, como un maestro dispone de su oficial, un propietario de sus bienes. Y ellos ¿rehusarán ¡oh Dios mío!... someterse á Vos? ¿Y tendrán dificultad en dejarse dirigir de vuestra infinita sabiduría en la persona de aquellos que habéis encargado para guiarlos? ¿En dónde están, los que después de haber pasado muchos años al servicio de vuestros altares os dicen con la misma sinceridad que San Pablo en el primer instante de su conversión: «Señor, qué queréis que haga?» La mayor parte ¡ay! ¿no son acaso de esos ciegos á quienes su miseria y vuestra compasión, según el pensamiento de San Bernardo, os obligan á preguntarles qué es lo que ellos mismos quieren que les hagáis? *Heu! plures habemus evangelici illius cæci, quam novi Apostoli imitatores.... sic perfecto, sic multorum hodie pusillanimitas et perversitas exigit, ut ab eis queri oporteat: Quid vis ut faciam tibi? et non ipsi quærant: Domine, quid me vis facere?*

otros lo estamos al Soberano Pontífice. Puestos por el Espíritu Santo para gobernaros y guiaros, nosotros os debemos dar el ejemplo: con la gracia de Dios, seremos siempre para vosotros modelos de obediencia á nuestro divino Jefe representado en la persona de Pedro que siempre vive en medio de su Iglesia. (*Últimas palabras de Monseñor de Quélen, en su alocución á los ordenandos en las temporadas de la Santísima Trinidad. 1829.*)

(1) San Bernardo, Sermo, I, in conversione S. Pauli.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El celo por la gloria de Dios estimula al buen sacerdote á imitar la obediencia de Jesucristo.* La Sabiduría encarnada escogió la obediencia para reparar la gloria divina, ultrajada por la rebeldía del pecado. Un Hombre-Dios, obediente hasta la muerte de cruz.... ¡Ah! no cabe mayor expiación de la desobediencia del hombre! Por esta virtud yo ofrezco á Dios lo mejor que tengo, el solo bien que yo pudiera rehusarle. El recibe de mí el homenaje que le es más agradable, esto es, que quiere reinar en mí no ya como Soberano sino más bien como Padre.

PUNTO SEGUNDO.—*Los intereses de la Iglesia, segundo motivo que estimula al buen sacerdote á practicar la obediencia.* El respeto á la autoridad, hé ahí el poderoso resorte que el Salvador puso en las manos de su Iglesia. Hé ahí el secreto de todos sus triunfos y el que hace temblar al infierno. ¡Ah, inspira temor y espanto el considerar hasta qué punto este respeto se ha debilitado en nuestros días!

PUNTO TERCERO.—*El compromiso contraído, tercer motivo que estimula al buen sacerdote á practicar fielmente la obediencia.* Toda promesa obliga, sobre todo, cuando va revestida de una forma sagrada, y se hizo con madura reflexión. Recordemos el día de la ordenación. *Promittis?.... Promitto.* La pregunta era terminante, la respuesta fué clara, la promesa absoluta y sin sombra de restricción. Yo prometí obediencia y respeto; *prometí una y otra cosa.*

MEDITACIÓN XXXIX

*Frutos preciosos que el buen sacerdote recoge de su obediencia*

- I. La paz del alma.
- II. Su propia santificación.
- III. La eficacia de su celo.